

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANIA DEL SEÑOR

5 y 6 DE ENERO, 2019

La historia en el Evangelio de hoy de la visita de los Reyes Magos, es muy familiar para nosotros. También son muy familiares los regalos tradicionales que los tres Reyes Magos del Este trajeron— oro, incienso y mirra. En frente del ícono de Navidad hay una pequeña cajita con ejemplos de cada uno de estos regalos. Creo también, que cada uno de nosotros poseemos espiritualmente estos mismos regalos, y que hoy se nos invita a ofrecérselos al Señor Jesús como un acto de adoración para que sean usados por Él a través de nosotros para la obra de construir el Reino de Dios en nuestro mundo.

Oro. Tradicionalmente, el oro, un elemento químico, y artículos hechos de este son de un valor duradero, altamente resistente a la oxidación y a la corrupción. Mantiene su valor durante largos períodos de tiempo, incluso cuando otros productos suben y bajan. Entre los tipos de valores enumerados en la Biblia (por ejemplo, metales preciosos, ganado, criados, piedras preciosas, etc.), la acumulación de oro era una de las principales medidas de riqueza. El regalo de oro a Jesús fue un reconocimiento tácito de su naturaleza de ser Dios y Rey. San Pablo, en la segunda lectura de hoy nos dice lo que se le fue dado “*la distribución de la gracia de Dios*”, con el propósito de su misión de compartir este don con aquellos que aún no conocían a Jesús. ¿Es Jesús verdaderamente "Señor y Rey" de mi vida? ¿Con cuál uso, cada uno de nosotros ha puesto la gracia de Dios del "oro" de la fe, en nuestros regalos espirituales, en nuestros regalos materiales, o mejor cuando ponemos a su disposición el "oro" de nuestro tiempo y talento?

Incienso. El incienso se produce al raspar la corteza de ciertas especies nativas de árboles y luego recolectar después las gotas de resina que ya se hayan secado. Cuando se quema el incienso produce un aroma fuerte y agradable. Se ha utilizado en adoración desde los tiempos precristianos. Usando el lente de mayordomía de lo que San Pablo nos habla, uno se pregunta, ¿cuál es la calidad de oración que ofrezco a Dios? ¿Es mi oración personal y mi participación en la misa como un incienso fragante que se eleva en la alabanza a Dios o es meramente por obligación, y que constantemente reviso mi reloj o iPhone hasta que pueda continuar con el enfoque real de mi día? ¿Qué o quién es el dios ante el cual quemo el incienso de mi adoración? ¿Es el Dios que se ha revelado en las Escrituras, manifestado en Jesús, que mora en mí a través del Espíritu Santo? ¿O he creado algo o alguien parecido como un ídolo, un sustituto de Dios? ¿Dedico cada día un tiempo para estar en comunión con Dios, aunque solo sea por unos minutos, más si las circunstancias de mi vida lo permiten, para elevar mi corazón y mi mente a Dios en la oración? Citando el Salmo 141: “*Señor, te llamo, ven a mí sin demora, escucha mi voz cuando a ti te grito. ¡Suba a ti mi oración como el incienso, mis manos que a ti levanto sean como una ofrenda de la tarde!*” (Sal. 141: 1,2).

Mirra. La mirra, como el incienso, es una especie fragante derivada de la savia de un árbol nativo del Cercano Oriente. Puede usarse como incienso, pero en el mundo antiguo también tenía un amplio uso como un perfume, un aceite de unción, e incluso se embebía como un tónico medicinal. Lo más notable con respecto a la vida de Jesús, la mirra era un ingrediente clave en una mezcla de especias que eran usadas para preparar un cuerpo para su entierro. El regalo de la mirra reconoce que, a través de la humanidad de Jesús, Dios reconciliaría el mundo consigo mismo, curaría la herida de nuestro pecado original, y de nuestros pecados personales hasta el punto de tomarse consigo mismo nuestra muerte. Al ser resucitado de entre los muertos, Jesús otorgaría el don de la unción del Espíritu Santo en los corazones de todos quienes son sus discípulos y así, en él, elevaría nuestra humanidad a su gloria celestial. San Pablo nos recuerda en el Miércoles de Ceniza que nosotros, quienes hemos sido sanados de nuestros pecados y resucitados a una nueva vida en Cristo, y que en él hemos sido hechos administradores de la reconciliación de Dios. (II Co. 5: 20—6: 2). ¿Cuán generoso soy de ungir a otros con la mirra del perdón? ¿A quién y adónde Dios me está llamando para derramar la mirra de la misericordia en las heridas de miembros de la familia, en feligreses, en personas y situaciones en nuestra comunidad y en el mundo? Como Jesús, *"El Espíritu del Señor Dios está sobre mí. El que me ha ungido para llevar buenas noticias a los pobres"* (Lucas 4: 18).

Como recordamos los regalos de oro, incienso y mirra ofrecidos hace mucho tiempo atrás, y con nuestros dones espirituales de oro, incienso y mirra oramos: *"Acepta, ... Oh Señor, nuestras ofrendas, en honor a la aparición de tu Hijo Unigénito ... para que tu alabanza pueda ser reproducida y la salvación eterna sea nuestra"*.

Padre Jim Secora